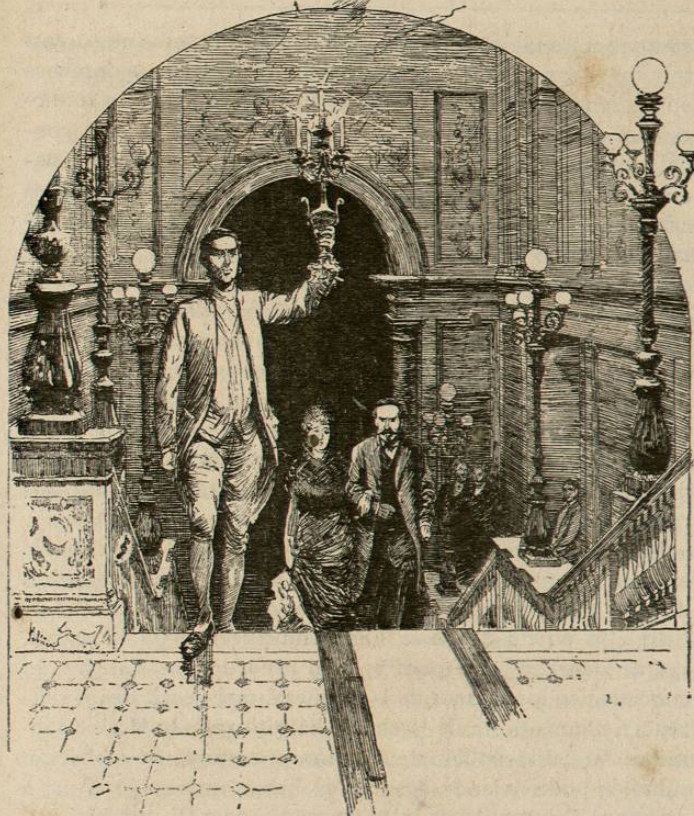


Y señalaba á su padre y á sus hermanas que les hacían señas de lejos y apretaban el paso á fin de alcanzarles.

—¡Pues bien! ¿y yo? dijo Pablo con viveza... ¿Acaso no pesan sobre mí idénticos deberes, idénticas cargas? Somos como dos viudos con hijos... ¿Queréis amar á los míos tanto como yo amo á los vuestros?...

—¿De veras?... ¿No me engaáis? ¿Dejaréis que siga á su lado?... ¿Seré Alina para vos, y seguiré siendo la Mamita para todos nuestros hijos? ¡Oh! en tal caso, añadió la adorable muchacha radiante de gozo y de luz, ahí tenéis mi retrato, yo os lo doy... Y con él, y por siempre, mi alma entera...



XVIII.

LAS PERLAS JENKINS.

Siete ú ocho días después del lance con Moëssard, complicación añadida á las mil y una en que estaban metidos sus asuntos, Jansoulet, un jueves, al salir de la Cámara, se hizo llevar al palacio de Mora. No había puesto los piés en él desde la algarada de la calle Real, y la idea de encontrarse en presencia del duque hacía circular por debajo de su recia epidermis algo como el pavor que agita á un colegial al subir al despacho del director después de una cachetina con algún

compañero en la clase. Pero no había más recurso que arros-
trar los inconvenientes de una primera entrevista. Contábase
en las secciones que Le Merquier había terminado ya su dic-
tamen, obra maestra de ferocidad y de lógica, el cual con-
cluía pidiendo la nulidad, y se daba por aprobado por acla-
mación á no ser que Mora, cuyo influjo en la Asamblea
era tanto, acudiese en persona á dar la consigna á los dipu-
tados. Partida arriesgada, como se ve, y que agolpaba la san-
gre á las sienas del Nabab mientras éste aderezaba su sem-
blante, sus sonrisas de cortesano en los cristales á bisel de
su cupé, buscando la manera de hacer una entrada ingeniosa,
de dar uno de esos golpes de descaró bonachón que habían
labrado su fortuna en la corte de Ahmed y que le servían aún
en sus relaciones con la Excelencia francesa. Pero á pesar de
su resolución, el corazón le latía fuertemente, y en la espina
dorsal sentía esos escalofríos que, aun yendo en carroza do-
rada, preceden á los momentos decisivos.

Llegado al palacio por la parte que daba al río, chocóle
extraordinariamente que el suizo del muelle, como en los días
de gran recepción, hiciese ir á los carruajes hacia la calle de
Lille con objeto de dejar libre una puerta para la salida.
«¿Qué ocurre?» dijo para sí algo preocupado. Tal vez un
concierto en los salones de la duquesa, una venta de benefi-
cencia, alguna fiesta de la cual le habría excluido Mora á con-
secuencia del escándalo de su última aventura. Su turbación
subió de punto cuando después de haber atravesado el patio
de honor al estrépito de las portezuelas que se cerraban y al
sordo é incesante zumbir de las ruedas por la arena, encon-
tróse—franqueada la escalinata exterior—en el inmenso
recibidor, atestado de gente que no pasaba de puerta alguna
de las interiores concentrando su desazonado vaivén al rede-
dor de la mesa del suizo, encima de la cual inscribían sus
nombres todas las sumidades del París de tono. No parecía
sino que se hubiese colado por la casa una ráfaga de viento
de desastre, llevándose algo de su grandiosa placidez, filtran-
do en su bienestar la inquietud y el peligro.

—¡ Qué desgracia !...

—¡ Ah ! es horrible...

—Y tan de improviso...

La gente, al encontrarse al paso, cambiaban frases por este

tenor. Una idea cruzó de pronto por la mente de Jansoulet:

—¿ Está enfermo el duque ? preguntó á un criado.

— Ah, señor... está muriéndose... No llegará á la noche.

Si de una vez se hubiese desplomado toda entera encima
de su cabeza la techumbre del palacio, el golpe no hubiera
sido más fuerte. Vió un remolino de rojizas mariposas, tam-
baleóse y se dejó caer sentado en un escaño de terciopelo al
lado de la gran jaula de los monos, los cuales, soliviantados
por aquel trasiego, colgándose de la cola, de las manecitas
de largo pulgar, asomaban en racimo al través de los barrotes,
y curiosos, azorados, acosaban con sus más graciosas mue-
cas de macaco á aquel pobre alelado que con la vista fija en
el suelo iba repitiendo para sí mismo en alta voz :

— Estoy perdido... estoy perdido...

El duque se moría. Habíale sobrevenido el accidente, de
improviso, el domingo, al regresar del Bosque. Sintióse ata-
cado de una espantosa quemazón en las entrañas que dibujaba,
como con un hierro ardiente, toda la anatomía de su cuerpo,
alternando con un frío letárgico y prolongados amodorra-
mientos. Jenkins, llamado á toda prisa, se limitó á recetar
algunos calmantes, reservando el pronóstico. Al día siguiente,
volvieron á aparecer los mismos dolores, más intentos toda-
vía, seguidos de la misma postración glacial, acentuada tam-
bién, cual si fuesen arrancándole, desarraigándole la vida
á tirones. Nadie hacía caso. «Efectos de Saint-James» se mur-
muraba en la antecámara, y el apacible semblante de Jenkins
conservaba su serenidad. Incidentalmente había hablado á
dos ó tres de sus visitas de la mañana, de la indisposición del
duque, pero dándole tan poca importancia que nadie había
parado atención en ello.

El mismo Mora, á pesar de su extremada debilidad, y por
más que se sentía la cabeza completamente vacía, y según
decía él: «ni una idea en el cerebro», no sospechaba, ni por
asomo, la gravedad de su estado. Sólo al tercer día, al des-
pertar por la mañana, la vista de un hilito de sangre que des-
de la boca había ido resbalando hacia la barba y enrojecido
el almohadón, hizo estremecer á aquel delicado, á aquel ele-
gante que sentía horror por todas las miserias humanas, en
particular por la enfermedad, y que la veía comparecer pa-
sito á paso con sus asquerosidades, sus debilidades y el aban-

dono de sí propio, primera concesión otorgada á la muerte. Monpavon, que entró detrás de Jenkins, sorprendió la mirada de súbita turbación del gran señor ante la horrible realidad, y quedó aterrado al propio tiempo al ver los estragos que unas cuantas horas hicieran en el rostro bebido de Mora, en el cual habían aparecido de un golpe las arrugas todas de la vejez complicadas por esos pliegues del sufrir, por esas depresiones musculares que acusan graves lesiones internas. Llamó á Jenkins aparte, mientras traían al almibarado doliente lo necesario para lavarse y componerse en la misma cama, una batería entera de tocador de cristal y plata que contrastaba con la palidez amarillenta de la enfermedad.

—Hablemos claro, Jenkins... el duque no va bien.

—Mucho me lo temo... contestó el irlandés en voz queda.

—En suma, ¿qué es lo que tiene?

—Pues tiene lo que buscaba, respondió el otro con una especie de rabia... Á su edad no se puede ser joven impunemente. Esa maldita pasión le saldrá cara...

Algún avieso sentimiento triunfaría en él, que cuidó de acallar en seguida, pues transformándose en un punto, hinchando los carrillos cual si tuviese llena de agua la cabeza, suspiró profundamente estrechando las manos del anciano prócer.

—Pobre duque... pobre duque... ¡Ay! amigo mío, estoy desesperado.

—Mucho ojo, Jenkins, repuso friamente Monpavon apartando las manos; estáis contrayendo una responsabilidad terrible... ¡Cómo! el duque está tan malo... y ps. ps. ps... ¿no llamáis á nadie?... ¿Ni una consulta!...

El irlandés levantó los brazos como queriendo decir: «Y para qué?»

El otro insistió. Era preciso llamar á Brisset, á Jouselin, á Bouchereau, á todas las lumbreras.

—Es que vais á alarmarle.

Monpavon echó afuera el pecho, último alarde del viejo corcel desjarretado.

—Querido, si nos hubiéseis visto á Mora y á mí en la trinchera de Constantina... Ps... ps... Siempre alta la frente... No sabemos lo que es el miedo... Avisad á vuestros colegas, yo me encargo de él.

La consulta se celebró por la noche, á las calladas, como lo había exigido el duque por un singular pudor de su mal, de aquella dolencia que le destronaba, que le ponía en el nivel de los demás hombres. Á la manera de esos reyes africanos que, para morir, se ocultan en el fondo de sus palacios, así hubiera querido el duque que pudiesen suponerle arrancado al suelo, transfigurado, convertido en un dios. Demás de que temía sobre toda ponderación las lástimas, las conmiseraciones, los duelos de que sabía que habían de rodear su lecho, las lágrimas porque las suponía fingidas, y si sinceramente, porque todavía se las hacía más cargantes la fealdad de sus muecas.

Había detestado siempre las escenas, los sentimientos exagerados, cuanto podía conmoverle, perturbar el armónico equilibrio de su existencia. Cuantos le rodeaban lo sabían, y así, la consigna era mantener alejadas todas las miserias, las grandes desesperaciones que de un extremo al otro de Francia convergían hacia él como hacia uno de esos asilos alumbrados en la oscuridad de los bosques, á cuya puerta acuden á llamar los caminantes extraviados. No era precisamente que fuese duro para con los infelices; acaso, por lo contrario, sentíase demasiado accesible á la compasión la cual miraba como un sentimiento inferior, como una debilidad indigna de pechos varoniles, por donde, rehusándola á los demás, la temía para sí propio, como un ataque á la integridad de su valor. Fuera de Monpavon y del ayuda de cámara, Luís, nadie supo en palacio lo que iban á hacer aquellos tres personajes introducidos misteriosamente en la cámara del ministro de Estado. La misma duquesa lo ignoraba. Separada de su marido por toda la serie de vallas que la vida política y de gran mundo pone entre marido y mujer en esos matrimonios excepcionales, creíale ligeramente indispuerto, enfermo, más que de otra cosa, de aprensión, y tan agena estaba á la posibilidad de una catástrofe, que en el punto y hora en que los médicos subían por la escalera principal medio á oscuras, en el extremo opuesto del palacio iluminábanse sus aposentos particulares para un baile de solteras, diversión que la ingeniosidad del París desocupado comenzaba á la sazón á poner en moda.

Aquella consulta fué lo que todas: solemne y siniestra. Los

médicos no usan hoy las descomunales pelucas de la época de Molière, pero continúan revistiendo aquella misma gravedad de sacerdote de Isis, de astrólogo, erizados de fórmulas cabalísticas, con meneos de cabeza á los cuales sólo falta, para el efecto cómico, el puntiagudo cucuruchón de antaño. Aquí el lugar en que se celebraba daba á la consulta un aspecto imponente. En la extensa cámara, transformada, como agrandada por la inmovilidad de su dueño, aquellas graves figuras rodeaban el lecho, en el cual estaba concentrada la luz haciendo resaltar sobre la blancura de las sábanas y la púrpura de los cortinajes una cabeza surcada de arrugas, pálida desde los labios hasta los ojos, pero cubierta, como por un velo, como por un sudario de serenidad. Los consultantes hablaban en voz baja, cruzaban una mirada furtiva, una palabra exótica, permanecían impasibles sin pestañear. Pero aquella expresión muda é impenetrable del médico y del magistrado, aquella solemnidad de que se rodean la ciencia y la justicia para encubrir su debilidad ó su ignorancia, no producían el menor efecto en el duque.

Sentado en la cama seguía conversando tranquilamente, con esa mirada algo levantada por la cual parece como que el pensamiento se prepare á huir, y Monpavon le contestaba con no menor tranquilidad, haciendo frente á su emoción, tomando de su amigo una lección postrera de buen tono, mientras Luís, en el fondo, apoyaba en la puerta que comunicaba con las habitaciones de la duquesa el espectro de la domesticidad silenciosa en la cual es un deber la indiferencia desapegada.

Quien estaba agitado, nervioso, era Jenkins.

Lleno de una oficiosidad obsequiosa para con «sus ilustres colegas» como decía él á boca llena, daba vueltas al rededor de su conciliábulo, buscando vado por donde meterse en él; pero sus colegas le mantenían á distancia, sin contestarle apenas, y con altivez, como pudiera haberlo hecho Fagon—el Fagon de Luís XIV—con algún curándero llamado al regio lecho. El anciano Bouchereau, en particular, no cesaba de mirar de través al inventor de las perlas Jenkins. Por fin, cuando hubieron examinado, interrogado lo bastante al paciente, se retiraron para deliberar en secreto á un saloncito todo de laca, techo y paredes brillantes y coloradas, lleno de

chismes del propio tenor cuya futilidad contrastaba singularmente con la importancia del debate.

Minuto solemne, angustioso del acusado que aguarda la sentencia de sus jueces, vida, muerte, sobreseimiento ó gracia!

Con su mano blanca y afilada, Mora seguía acariciándose el bigote en su ademán favorito, hablando con Monpavon del casino, de los bastidores de Variedades, pidiendo noticias de la Cámara, del estado de la elección del Nabab, pero todo ello tranquilamente, sin la menor afectación. Luégo, fatigado sin duda, temeroso tal vez de que su mirada, que á pesar suyo se le iba en dirección de aquella puerta de enfrente por la cual á no tardar iba á salir el fallo del destino, descubriese la emoción que se escondía en el fondo de su alma, reclinó la cabeza, cerró los ojos y no los abrió ya hasta que volvieron á entrar los facultativos. Siempre las mismas caras siniestras é impasibles, verdaderas caras de jueces que llevan pendiente de los labios la terrible palabra del destino humano, la palabra final que los tribunales profieren sin espanto, pero que los médicos, por lo mismo que es el mentis de su ciencia, eluden y dan á entender por medio de perifrasis.

—Y bien, señores, ¿qué dice la Facultad?... preguntó el enfermo.

Insinuáronse algunas esperanzas simuladas y balbucientes, algunas vagas recomendaciones; luégo los tres sabios se despidieron apresuradamente, anhelosos de encontrarse fuera, de escapar á la responsabilidad de aquel desastre. Monpavon se lanzó en su seguimiento. Jenkins permaneció al lado del enfermo, aterrado al recuerdo de las duras verdades que acababa de oír durante la consulta. En vano se había puesto la mano en el corazón, en vano había sacado á colación su célebre divisa, Bouchereau no le había perdonado. No era aquel el primer cliente de Jenkins á quien veía desmoronarse de aquella manera tan súbita; pero abrigaba la esperanza de que la muerte de Mora sería un aviso saludable para la gente del gran mundo, y de que el prefecto de policía, en vista de aquella tremenda catástrofe, mandaría al «mercader de cantáridas» allende el estrecho á despachar sus afrodisíacos.

El duque comprendió al punto que ni Jenkins ni Luís le dirían el verdadero resultado de la consulta. No insistió, pues,

para con ellos, aguantó su confianza simulada, hasta fingió que la compartía, que tenía fe en la mejoría que le vaticinaban. Pero cuando volvió á entrar Monpavon, llámole cerca de sí, y ante la mentira que claramente se transparentaba hasta al través del colorete de aquella ruina:

—Mira, no estoy por muecas... De ti á mí la verdad... ¿Qué dicen?... Esto se va, ¿no es cierto?

Monpavon guardó un instante de significativo silencio: luego brutalmente, cínicamente, por temor de dar al traste con su serenidad:

—J... pobre Augusto.

El duque aguantó el disparo sin pestañear.

—¡Ah! se limitó á contestar.

Afilóse el bigote con un gesto maquinal, pero su semblante permaneció impassible. Y al punto tomó su resolución. Que el infeliz que muere en un hospital, sin casa ni hogar, sin otro nombre que el número de su cama, acoja la muerte como una emancipación ó como una última prueba; que el viejo campesino que se duerme molido, quebrantado, maltrecho, en su ahumada y oscura topera, se vaya sin duelo, saboreando de antemano el placer de aquella tierra fresca que tantas veces ha movido y removido, todo esto se explica perfectamente. Y aun así, ¡cuántos entre éstos tienen apego á la vida por su misma miseria! ¡cuántos hay que cogiéndose de sus harapos, de sus desvencijados muebles, gritan: «No quiero morir...» y se van por fin con las uñas rotas y ensangrentadas del estirón postrero! Mas aquí nada de esto.

¡Poseerlo todo y perderlo todo! ¡Qué desquiciamiento!

En el primer silencio de aquel espantoso minuto, mientras en el opuesto extremo del palacio sonaba confusa la música del baile que daba la duquesa, cuanto ataba á aquel hombre á la vida, poder, grandezas, fortuna, todos aquellos esplendores debieron de aparecérsese ya remotos y en un pasado irrevocable. Se necesitaba un valor de temple más que excepcional para resistir un golpe semejante sin la menor agitación de amor propio. No había allí más que el amigo, el médico, el criado, tres íntimos al corriente de todos sus secretos; las luces apartadas dejaban el lecho en la sombra, y el moribundo hubiera podido volverse de cara á la pared y llorar su propia suerte sin ser visto de nadie. Pero no. Ni un segundo de

debilidad, de demostraciones inútiles. Sin quebrar una sola rama de los castaños del jardín, sin hollar una sola flor en la gran escalera del palacio, ahogando sus pasos en la espesura de las alfombras, la muerte acababa de entreabrir la puerta de aquel potentado y de hacerle una seña: «Arriba.» Y él contestaba sencillamente: «Vamos.» Una verdadera salida de hombre de mundo, imprevista, rápida y discreta.

¡Hombre de mundo! Mora no fué más que esto. Circulando por la vida con su careta, sus guantes, su plastrón, el plastrón de raso blanco de los maestros de esgrima en los días de gran asalto, conservando inmaculado y limpio su aparato de combate, sacrificándolo todo á aquella irreprochable superficie que le hacía las veces de armadura, por el mero tránsito desde un salón á un escenario más vasto se había convertido de repente en hombre de estado, y lo fué en efecto, y de primer orden, con sólo sus cualidades de hombre de mundo, el arte de escuchar y de sonreír, el conocimiento de los hombres, el escepticismo y la sangre fría. Esta sangre fría no le dejó ni en el momento supremo.

Fijos los ojos en el tiempo limitado y breve que le restaba aún, porque la negra visitante llevaba prisa y él sentía en el rostro el aire de la puerta que no había vuelto á cerrar, no pensó ya más que en aprovecharlo bien y en satisfacer todas las obligaciones de un final como el suyo que no debe comprometer á ningún amigo ni dejar sin recompensa sacrificio alguno. Indicó los nombres de varias personas que deseaba ver, y que al punto fueron mandadas á llamar; hizo avisar al jefe de su despacho, y como Jenkins insinuase que era demasiada fatiga:

—¿Me aseguráis que mañana por la mañana despertaré? En este momento me siento con fuerzas... Dejad que las aproveche.

Luís preguntó si había que avisar á la duquesa. El duque puso oídos, antes de responder, á los acordes que despedía el sarao por las ventanas abiertas y que un arco invisible prolongaba en las sombras de la noche; luego:

—Todavía no... Tengo que hacer...

Mandó que acercasen á su cama la mesita de laca á fin de escoger él mismo las cartas que debían destruirse; pero sintiendo que se le debilitaban las fuerzas, llamó á Monpavon:

«Quémalo todo,» le dijo en apagada voz; y viendo que se acercaba á la chimenea donde, á pesar de lo apacible de la estación, ardía una copiosa llama: «No... aquí no... Hay poco fuego... Y podría venir á alguien.»

Monpavon cogió la ligera mesita, hizo seña al criado de que le alumbrase. Pero Jenkins se interpuso:

—Quedaos aquí, Luís... el duque puede necesitaros.

Apoderóse de la lámpara, y avanzando con cautela á lo largo del espacioso corredor, explorando los salones de espera, las galerías, cuyas chimeneas atestadas de plantas artificiales no conservaban ni un grano de rescoldo, divagaban como dos espectros por el silencio y las tinieblas de la inmensa morada, viviente tan sólo allá, hacia la derecha, donde el placer cantaba como un pájaro en un techo próximo á desplomarse.

—No hay lumbre en parte alguna... ¿Qué vamos á hacer de todo esto? se preguntaban el uno al otro sin saber qué partido adoptar. Parecían dos ladrones arrastrando un arca que no saben cómo forzar. Por último, Monpavon, impaciente, dirigióse hacia una puerta, la única que no habían abierto todavía.

—¡Adelante!... Ya que no podemos quemarlas, aneguémoslas... Alumbradme, Jenkins.

Y se metieron por ella.

¿Á dónde habían ido á parar?... Saint-Simon, refiriendo el derrumbamiento de una de esas existencias soberanas, el desbarajuste de las ceremonias, de las dignidades, de las grandezas producido por la muerte, y, en particular, por la muerte repentina, Saint-Simon sería el único que podría contarle. Con sus manos finas y acicaladas el marqués daba á la bomba. El otro le iba entregando las cartas hechas pedazos, paquetes de cartas satinadas, de colores, perfumadas, adornadas de cifras, de escudos, de banderolas con divisas, cubiertas de escrituras finas, apretadas, garrafiñantes, enlazadoras, persuasivas, y todas esas páginas ligeras volteaban la una á caballo de la otra en torbellinos de agua que las machucaban, las manchaban, diluían sus tintas húmedas antes de dejarlas desaparecer por el ojo atarugado en el fondo de la inmunda sentina.

Eran cartas de amor y de toda especie, desde el billete de

la aventurera: «*Ayer os ví pasar en el Bosque, señor duque...*» hasta las recriminaciones aristocráticas de la penúltima querida, y las lamentaciones de las abandonadas, y la página, fresca todavía, de las recientes confidencias. Monpavon conocía todos esos enredos, daba un nombre á cada uno de ellos: «Esto es de madame Moor... ¡Toma! Madame d'Athis...» Un revoltijo de coronas y de iniciales, de caprichos y de hábitos antiguos, maculados en aquel momento por la promiscuidad, zambulléndose todo ello en el indecoroso conducto á la luz de una lámpara, con un ruido de diluvio intermitente, sumiéndose en el olvido por un camino afrentoso. De pronto Jenkins hizo alto en su tarea de destrucción. Dos cartas de un gris satinado temblaban entre sus dedos...

—¿De quién es esto? preguntó Monpavon al ver letra desconocida y la nerviosa turbación del irlandés... ¡Ah! doctor, si queréis leerlo todo no acabaremos nunca.

Jenkins, con las mejillas abrasadas y las dos cartas en la mano, se sentía devorado por el deseo de quedarse con ellas á fin de saborearlas á su placer, de gozarse en el delicioso martirio de su lectura, tal vez de hacer de aquella correspondencia una arma contra la imprudente que la había suscrito. Pero la formalidad rigurosa del marqués le intimidaba. ¿De qué manera distraerle, alejarle? La ocasión se le vino á la mano por sí misma. Perdida entre toda aquella balumba, una página minúscula, de un carácter de letra senil y temblón, despertó la curiosidad del charlatán quien dijo sin malicia alguna:

—¡Ah! ¡ah! esto sí que no tiene cara de misiva de amor... «Duque mío, socorro, que me ahogo! El tribunal de cuentas ha vuelto á meter la pata en mis asuntos...»

—¿Qué es lo que estáis leyendo ahí?... dijo bruscamente Monpavon arrebatándole el papel de las manos. Y al punto, merced á la negligencia de Mora que no había cuidado de destruir cartas tan íntimas, acudió á su mente la terrible situación en que le dejaba la muerte de su protector. En su dolor, no se le había ocurrido todavía. Pensó que en medio de sus preparativos de marcha podría ser muy bien que el duque se olvidase de él; y dejando á Jenkins que terminase él solo la anegación del cofrecillo de don Juan, volvió apresuradamente á la cámara. En el momento de entrar, detúvole detrás